

En la variedad está el gusto

Decoy, Oleo, Poncho Sánchez, Otis Grand, Art Ensemble of Chicago, Coro Amabutho de Soweto, Orquesta Ciudad de Málaga y Betty Carter, nombres de un variopinto programa.

Bop, fusión, salsa, vanguardia, sinfonía, voz... de todo puede surtir la amplia y elástica alforja del jazz, el género grande y, posiblemente, clímax de la música de nuestro siglo. Todo, o casi todo, hubo en el VII Festival Internacional de Málaga, que tras las ineludibles dificultades del despegue empieza a denotar algo de esa madurez que precisa toda muestra que pretenda asomar la cabeza a la altura de los mejores del país. Entretanto la capital costasoleña come del pastel y aprovecha la ocasión para emprender una loable labor divulgativa.



Art Ensemble of Chicago

ANTONIO J. ROSADO

Entre el 11 y el 17 de noviembre se desarrolló la historia de un festival que, para empezar, no quiso estar ajeno al homenaje universal que toda manifestación jazzística hace al último de sus mitos, Miles Davis, cuya dinámica figura presidió el cartel oficial del acontecimiento y cuya música estuvo presente en los instantes previos a cada actuación. Ese cartel lo recorría de arriba a abajo una amplia lista de nombres, cada uno identificativo de una forma y un contenido. Un repertorio compensado que prescindió de grandiosas figuras pero que, sin embargo, se mostró cabal. Desde la voz intimista de Betty Carter, la última gran dama del jazz, hasta el atrevido y provocador espectáculo del Art Ensemble of Chicago, atravesando la fuerza latina de Poncho Sánchez, el rigor de una orquesta sinfónica, la agresividad contenida del blues e, incluso, algunos válidos apuntes de lo que es y dónde se encuentra el jazz nacional.

De esta forma, y gracias al interés del Teatro Cervantes y de instituciones como la Diputación Provincial y el Colegio de Aparejadores, que por gracia cumplen con sus compromisos culturales y sociales, la audiencia del jazz de estas tierras se ha visto fortalecida en los últimos años.

Educadores del jazz

DECOY y OLEO. Dos referencias bien conocidas para quienes gustan de recorrer la ruta del jazz nacional que ocuparon las primeras páginas de este significativo manual recopilatorio preparado para el buen uso de los malagueños y residentes en la Costa del Sol. Ambos grupos han sido acreedores, con todo merecimiento, de un lugar en esta convocatoria, aun cuando su relevancia real no va más allá de nuestros acogedores clubes.

El primero de ellos es sin duda uno de nuestros máximos exponentes, custodios del más cuidado bop moderno americano. Formado por músicos cuya singladura personal se ha desarrollado entre infinitas experiencias, su unión ha dado como resultado un cuerpo compacto de coordinados movimientos. El dúo malagueño Francisco Posé-Amador Martín dotan al mismo de la mejor base rítmica del país, sobre la que se desliza leve y seguro el piano del gaditano Sebastián Domínguez "Chano". Los vientos, cosa de Antonio Mesa y el británico Christian Brewer adaptan perfectamente sus intervenciones solistas al ambiente creado por el conjunto, que siempre, no lo olvidemos, ha tratado de imprimir una clara militancia mediterránea a su identidad.

En la velada siguiente, fue un grupo "genuinamente" malagueño, Oleo, el que se encargó de atraer a un público poco numeroso pero tremendamente fiel incluido un buen número de adolescentes, para los que en cierta medida se habían programado los dos actos. Oleo es muy conocido entre el público de estas tierras por su incansable actividad en clubes, conciertos, o actividades docentes para la Universidad. Su actuación fue un claro ejemplo de la evolución de este grupo en el difícil terreno de la fusión, gracias a una flexible manera de entender el significado de este concepto.

Comienza el espectáculo

La muestra entró en su fase de más calibre de la mano del tejano Poncho Sánchez y su Latin Jazz Band, lo que propició un ostensible cambio de ritmo al programa. Con él iba a dar comienzo un viaje repleto de sorpresas y distantes paisajes, una travesía en la que se intulaba su ancha oferta desde el mismo punto de arranque. La brillante orquesta de Sánchez se encargó de inyectar una dosis de calor que luego se mantendría con los grados justos.

Poncho Sánchez es un perfecto catalizador de la música salsera, que basa en su recto control de la percusión, rodeada de una maravillosa capa de tonos tropicales y envolventes. El buen entendedor admitirá tal y como es su música, una auténtica salsa, con su característica esencia de coco, sus golpes alocados sobre los timbales y las congas; los sonidos húmedos del saxofón y de la afeminada trompeta y el buen sentido del humor del trombón. Pero al fin y al cabo, su música posee la elegancia y la firmeza del jazz, así como su misma vocación de atemporalidad.

O sea, que aquellos ocho músicos idénticos –bajitos, morenos, brazos fornidos y con tripa standard– pusieron en vereda al curioso y observador público mediante un infinito universo de melodías, ritmos y, sobre todo, sabor, hasta el punto de convertir el coqueto interior del Teatro Cervantes en una auténtica sala de baile.

Al calor del blues

Otis Grand y su banda se ocuparon un día después, en el ecuador del festival, de insertar los compases lentos y desgarrados del blues, el hermano menor del género grande de este siglo. El blues tiene magia y poder, una fuerza intrínseca que permanece contenida hasta el momento justo de ser expulsada como un grito de desahogo. Hoy perdura incorruptible, aunque muchas veces camuflada bajo el disfraz dinámico y flexible –aunque no por ello menos auténtico– del *rythm and blues*.

El californiano Grand, afincado desde hace muchos años en Inglaterra, donde sin duda adquirió ese sentido evolucionista del primitivo blues, presentó una compacta banda en la que brillaba con luz propia el estilo personal y alegre del cantante Earl Green, que tantas colaboraciones ha hecho con consagrados grupos y solistas norteamericanos. Otis Grand se mostró como un fiel seguidor de la escuela de los guitarristas ásperos, cuyos afilados y cortos acordes presiden generalmente el ceremonial escénico. Es de esos que cuando se le calientan los dedos se sumerge en un profundo trance en el que sólo existen él y las cuerdas de la guitarra. Una sección de viento que fue subiendo de tono a medida que transcurría el concierto, un teclista que acertaba a menudo a lubricar el trasfondo de la interpretación, y un correcto y comedido baterista hicieron el resto.

25 años de vanguardia

El Art Ensemble of Chicago era otro de los distinguidos de este festival, y tal condición atrajo a suficiente público como para abarrotar por completo la sala. A su indudable calidad instrumental se le une una asombrosa desfachatez para manipular los conceptos definitorios del jazz, de la música o del sonido en general. El de la mítica banda fundada por el excéntrico Roscoe Mitchell es un acto de comunicación desnudo, exento de cualquier tipo de orden premeditado. Podría definirse, pues, como la expresión más clara de la entropía interpretativa, en la que todo circula sin ley en un universo de infinitas posibilidades y combinaciones, y que luego vuelven espasmódicamente a fundirse en una compacta y bellísima pieza artística.

Sin embargo, la esperada actuación del Art Ensemble se redujo en exceso para permitir un espacio al coro Amabutho de Soweto, invitados de excepción de esta velada, cuyo mérito no pasó de realizar un simpático y entrañable ejer-

cicio de exotismo. Pero el eterno “director escénico” de los de Chicago, Lester Bowie, no dudó en cortar por lo sano cuando el producto artístico comenzaba a llegar a los esforzados oídos del foro para permitir la colaboración de sus invitados, el coro Amabutho de Soweto, cuya acción más meritoria fue el despertar la simpatía colectiva mediante una exótica exhibición.

De todas formas, el paso del atrevido quinteto, con su arsenal creativo, repertorio de tonalidades, alaridos, ruidos, gemidos, sensaciones y atmósferas cambiantes ha dejado huella en Málaga.

Una sinfonía con jazz

Y para más originalidad –aunque ya no lo es tanto– la flamante Orquesta de Málaga, que la ciudad estrenó con orgullo este mismo año, copó con maestría una de las páginas preferentes de este festival de jazz. En una noche si no extraña al menos sí curiosa, la portentosa formación tuvo la oportunidad de demostrar su gran versatilidad y su notoria corrección interpretativa. Bajo la dirección de su titular, Octav Calleya, la “multinacional” agrupación flirteó con el jazz en tan conocidas composiciones como “La creación del mundo”, de Milhaud; “Fantasía para saxofón, cuerda y trompas” de Villa-Lobos; “Divertimento”, de Bernstein; y “Rhapsody in blue” y “Un americano en París”, de Gershwin, envites con suficiente nivel como para permitir el recreo de tanto maestro.

Lejos de esa fatal denominación de “jazz sinfónico”, la orquesta Ciudad de Málaga pareció sentirse a gusto en una ejecución de parámetros clásicos pero de una frescura gratificante.

La guinda

A base de bop, salsa, blues, vanguardia de primer orden y música sinfónica habíase forma-

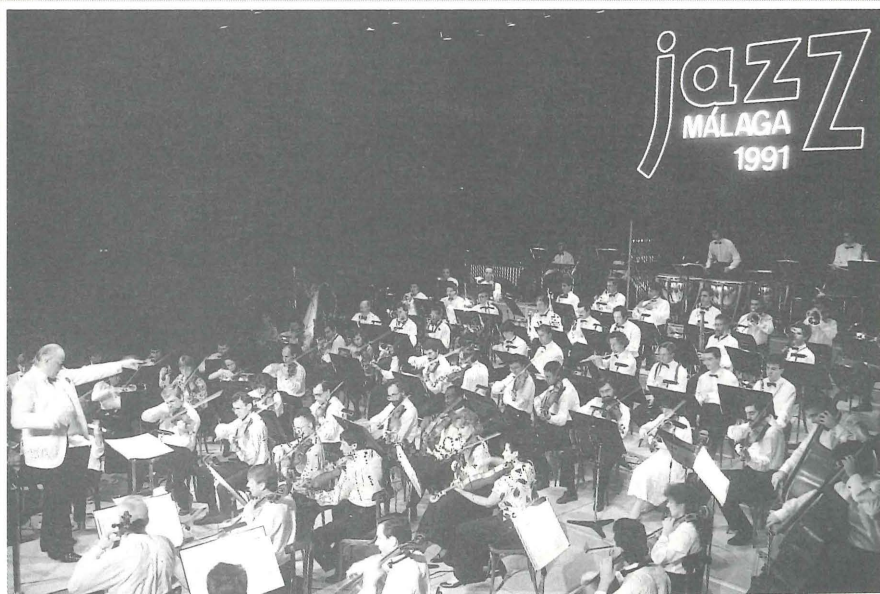
do un succulento cóctel que esperaba impaciente una guinda que lo coronase. En la segunda de sus dos únicas actuaciones en nuestro país, Betty Carter, la última gran dama del jazz, poseedora del testigo dejado por Billie Holiday y Sarah Vaughan, ofreció su voz apasionada y visceral al público malagueño.

Fue una cita emocionante, y para muchos inolvidable. Una lección de ese jazz añejo que sale directamente de las entrañas a través de una voz gastada por los años y por la intensidad de los sentimientos que fluyen con ella. Difícilmente un foro español volverá a tener la oportunidad de observar tan de cerca la expresión retorcida y el esfuerzo de una vocalista de tanta magnitud.

Su paso por España, fugaz y destellante, estuvo lleno de la sencillez que define su espectáculo. Se apoya en un trío limitado en número pero absolutamente preciso en sus evoluciones, tanto que en su misión de acompañamiento supone en sí un arte: Cyrus Chestnut, al piano, es un ejemplo de lo que es la experiencia conjugada con la calidad innata; Jon Ariel, al contrabajo, un alarde de madurez y elegancia pese a su juventud, y el promotor Clarence Penn, a la batería, muestra una tremenda capacidad para sujetar el ritmo pausado de todo el conjunto. En medio lucía la voluminosa Betty, exquisita pese a su desgarrado ardor sobre el escenario, siempre agradable en su contacto con el público, y firme en su control de la actuación.

La ilustre dama impone a sus hombres una concentración total y así logra su propósito, dirigir cada nota, cada compás de manera irresistible. En dos horas y cuarto fue posible abrir hasta el límite el abanico de su repertorio, donde cabe el más aguerido álibi y la más frenética exhibición de sus ya características modulaciones vocales.

Y así fue el brillante final de una muestra de talante mediterráneo, tal vez capaz de consolidar una auténtica, fiel y culta afición al jazz.



Orquesta Ciudad de Málaga